BITÁCORA DE SOBREMESA

La sobremesa o el deseo de estirar el momento hasta el infinito. Cuando las palabras toman posesión de los platos.

Ojos que brillan. Sillas que arañan el suelo. Tripas que duelen. El mantel de color dubitable, oscilando entre blanco, rojo y marrón. Se van recogiendo los últimos vestigios del festín con lentos movimientos. “Deja que yo lo haga”. “Quédate sentado, te lo ruego”. Una sombra de sonrisa imborrable en los labios de todos.

Un ángel pasa, fugaz, esparciendo purpurina de nostalgia.

“¿A alguien le apetece algo más?”. Una pregunta retórica. “Se hace tarde ya”. ¿A quién le importa realmente? Será un cortado para Mari, Nico, Santi, una verbena para la abuela y un vaso de leche para el pequeño. Bizcochitos de la tía Julia en el centro de la mesa junto con chupitos de licor de hierbas para quien quiera.

Inevitablemente se habla de aquella época pasada, cuando todo era mejor. “Mira tú, ¡qué guapa estabas!”. Cajas polvorientas abiertas. “¿Te acuerdas de aquel día?”. Fotos pasándose de mano en mano. “¡Y cuánto nos reíamos con él!”. Enseñando al pequeño el tío Sergio que no conoció, la abuela de joven, los amigos de la escuela. “Si pudiéramos volver atrás, lo habría hecho todo de otra manera”. Un clásico.

Un paseo digestivo bordeando el océano. El viento en la cara, el pelo en el aire -para aquellos que aún lo tienen-, la bufanda que tapa la nariz, los brazos entrelazados, avanzando unidos con un paso militar hacia el calvario de piedra, al final del espigón. Se aprecian tanto el sonido de las olas estallándose contra las rocas como el olor de la bajamar. “Los percebes coronarán nuestra próxima mesa”.

Una espesa bruma les rodea ahora. La señal. Ojos cerrados. Ojos abiertos. Y solo quedo yo. Cuando yo también cruce con ellos a la otra orilla, ¿seguiremos pudiendo tener estas conversaciones de sobremesa?